

16 **ECO** 16

REVISTA DE ESPAÑA



J U N I O
1 9 3 3

APARTADO 502

MADRID

Biblioteca Nacional de España

VITRINA DE LIBROS

LITERATURA

PROSA

Novelas. Ensayos. Biografías. Crítica.

El delito de todos, Zamacois.—Novela.—Editorial Sociedad General de Librería. 5 pesetas.

Los hombres ("Mary los descubre"... "Mary los perdona"...).—Editorial Sociedad General de Librería. 6 pesetas.

Cisneros (Vidas extraordinarias), Luis Santamarina. Editorial Espasa-Calpe.

Las brujas de Montecarlo (Bocetos, paisajes), Rafael Villaseca.—Editorial Yagües. 5 pesetas.

Fausto, Werther, Herman y Dorotea, Goethe.—Editorial Bergua. 2,50 pesetas.

El paraíso perdido, Milton.—Editorial Bergua. 2,50 pesetas.

Novelas ejemplares y Poesías sueltas, Cervantes.—Editorial Bergua. 2,50 pesetas.

Vida insigne de Rabelais y chuscas hasañas de Pantagruel, Anatole France.—Editorial Sociedad General de Librería. 2,50 pesetas.

De hombre a hombre.—Colección de cuentos y novelas cortas.—Rafael Sánchez Guerra.

Comunismo (Estampas de los bajos fondos madrileños), A. de Hoyos y Vinent.

El rostro maravillado.—Novela.—Condesa de Noailles. Editorial Estrella.

La rebelión de los pescadores.—Novela.—Anna Seghers. Editorial C. I. A. P.

Juan Van Halen (Vidas españolas e hispanoamericanas), Pío Baroja.

El gallo de Mateon.—Cuentos asturianos.—Alfonso Camín.—Editorial Revista Norte.

Memorias de una pulga.—Novela.—José San Germán Ocaña.

El Gaviota, el kilómetro 83 (Estampas mulatas), José Díez Canseco.—Editorial E. Rosay, Lima (Perú).

Vida y desventuras de Miguel de Cervantes.—Biografía.—Mariano Tomás.—Editorial Juventud, Barcelona.

Los Zincali (Los gitanos en España), George Borrow. Traducción de Manuel Azaña.

China en ascuas, Alberto Londres. Epílogo de Gonzalo de Reparaz.—Editorial Juventud, Barcelona.

Los crepúsculos de Sidón, Agustín Tiferino R.—Editorial Javier Morata. 5 pesetas.

El tesorero del pueblo.—Novela.—J. S. Fletcher.—Editorial Juventud, Barcelona. 5 pesetas.

La emoción del reportaje, Manuel de Heredia y Juan Bautista Campos.

Fumeurs.—Novela.—M. Courtois-Suffit.—Editorial Rieder, París.

Ville Conquise, Víctor Serge.—Editorial Rieder, París.

Mentira desnuda (Ensayos críticos), Antonio Mari-chalar.

Breviario romano, Marietti.—52 liras.

The Bulpington of Blup, H. G. Wells.

Faraway, J. B. Priestley.

Nouvelle Espagne, La Mazière.

Londres, Paul Morand.

Febrome, Marcel Prevost.

Candelabro.—Novela.—Concha Espina.

Pedro Blanco, el Negrero (Vidas extraordinarias), Lino Novás Calvo.

Viajes sin vuelta (Los gangsters de Chicago), W. N. Burns.—Editorial Espasa-Calpe.

Mussolini. Conversaciones, Emil Ludwig.

Carmen Larapiles, mártir y virgen, Juan Infante.

Cristina de Suecia (vidas extraordinarias), marqués de Villa-Urrutia.—Editorial Espasa-Calpe.

Conversation avec sir Oswald Mosley, Alfred Fabre Luce.—París.

Pasteur, Antonio Gómez Izquierdo.

POESÍA

El corazón viajero (Poema del recuerdo), Joaquín Dicenta (hijo).—4 pesetas.

Margen.—Versos.—Juan José Domenchina.

Romances del río de enero, Alfonso Reyes.—Holanda, 1933.

Consignas, Rafael Alberti.

Treinta poemas en prosa para los treinta días de abril, Juan Antonio Correa.

ECONOMIA. CIENCIAS SOCIALES. POLITICA. PEDAGOGIA

Estudios sociales, G. de Azcárate.—5 pesetas.

Oligarquía y enchufismo, Joaquín del Moral. (Tercera edición).—Editorial C. I. A. P.

Cómo se implantará el comunismo, Emile Lenoir.—Editorial Apolo. 5 pesetas.

La pedagogía en las escuelas maternas y de párvulos.—10 pesetas.

Decíamos ayer..., comandante Franco.—Editorial Maucci, Barcelona.

Visperas de sangre en Marruecos, Adelardo Fernández Arias.

Huellas de las Constituyentes, Luis de Sirval. Prólogo de G. Alomar.

Una cárcel modelo, Graco Marsá.—5 pesetas.

Producción y mercado de trigo, Rafael del Caño.—5 pesetas.

La importancia económica de Barcelona, Julio O. Reichenheim.

La Sociedad de las Naciones, José Ramón de Orúe.—Editorial Reus.

El terror en Cuba. Prefacio de H. Barbusse.—Editorial Castro.

De Canalejas al Tribunal de Responsabilidades, R. Martínez Sol.—Editorial "Dédalo".

Jutlandia, la gran batalla inútil, Mateo Mille.—Editorial "Dédalo".

El Tribunal de Garantías Constitucionales, N. Alcalá Zamora y Castillo, catedrático de la Universidad de Santiago.

Hermann Goering, le bras droit d'Hitler.—Revue des Deux Mondes, París.

(Continúa en la página 3 de la cubierta.)

Agencia General de Librería y Artes Gráficas

Av.^{da} de Pí y Margall, 9

MADRID

Teléfono 96647



Esta Casa se encarga de la re-
mesa a España y Extranjero de
cuantos libros se deseen.

CORRESPONSALES EN
TODO EL MUNDO

Especialidad en el servicio a
librerías.

IMPRESION EDICION Y AD-
MINISTRACION DE TODA
CLASE DE LIBROS

IMPRESOS ARTISTICOS

DR. J. KEMPLERER

ELEMENTOS DE DIAGNÓSTICO CLÍNICO

Libro famoso de alumno y maestro.

En tela: 20 pesetas.

Con muchas ilustraciones.

DR. CÉSAR JUARROS

DIAGNÓSTICO Y TRATAMIENTO DE PSIQUIATRÍA DE URGENCIA

Lo más completo.

Lo más moderno.

Precio: 15 pesetas.

J. M. YAGÜES, Editor - MADRID

DR. VERDES MONTENEGRO

DIAGNÓSTICO Y TRATAMIENTO DE LA TUBERCULOSIS PULMONAR

Precio: 15 pesetas.

E. GONZÁLEZ-BLANCO

EL UNIVERSO INVISIBLE

Libro admirable de divulgación y análisis.

Precio: 15 pesetas.

ECO

REVISTA DE ESPAÑA

DIRECTOR LITERARIO:

R. VÁZQUEZ ZAMORA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

M. BENET

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

F. RODRÍGUEZ-DELGADO

AÑO I

NÚM. I

BRÚJULA

Orientémonos. Eco pretende ser una resonancia mensual del libro, tomándolo como eje sobre el que giren comentarios, opiniones, modos de pensar. Siendo muy varios los libros, también han de serlo los artículos que vayan surgiendo sobre ellos en las páginas de Eco. La no especialización, el desecho de todo prejuicio y el no hacer política de cercado literario:

he ahí los tres puntales de esta revista.

Pero no será la glosa al libro nuestro único objeto. Comenzamos en este número un "Museo literario", que se irá enriqueciendo con breves estudios de las figuras representativas de cada género literario, de cada época. Asimismo, una "Antología del cuento" y otras secciones que iremos presentando en los próximos números, nos hacen concebir muy fundadas esperanzas de que el público que, por unos u otros motivos, no lee las revistas especializadas o de minorías, hallará en Eco un amplio espacio cultural abierto a todos. Las radiaciones de cada libro interesante llegarán al público a través de estas páginas, sin que la labor de selección que se hace imprescindible deba ser entendida como preferencia por éstas o las otras direcciones. La selección está dentro de cada campo; tanto lo antiguo como lo moderno, lo blanco y lo rojo, lo atrevido y lo tímido, tienen excelencias que conviene destacar.

Eco no será, pues, mejor ni peor que las magníficas revistas con que hoy puede enorgullecerse nuestro país. Viene tan sólo a ocupar un pequeño lugar que vió desocupado. No tiene la pretensión de ser la revista de España, sino, sencillamente, una revista de España. Un saludo afectuoso a todos los que dedican sus esfuerzos a elevar el nivel mental español.

Stefan Zweig obtiene cinco instantáneas trascendentales

STEFAN Zweig ha dirigido, por cinco veces, su perfecta cámara psicológica hacia el pasado, y han quedado en el fondo, fijadas con una claridad maravillosa, otras tantas miniaturas históricas. Pero no se trata de simples fotografías, en *Momentos estelares de la Humanidad*—la última traducción espa-



ñola de Zweig, realizada por Mario Verdguer—, sino que cobraron vida al ser reproducidas, en acción, por la aguda intuición retrovidente del bien conocido escritor.

El Destino suele pasar muchas veces cerca del hombre. Si éste es de gran altura espiritual, percibe en su rostro algo del fulgor de esa estrella que corre junto a él, y, sintiéndola muy próxima y muy suya, no hace sino alzar la mano para tenerla aprisionada. Así hizo Napoleón. Su poderío se extendió mucho en el espacio y poco en el tiempo. Tanto se propagó, que perdió su cohesión y hubo de terminar en fragmentos para luego esfumarse ante el empuje de pueblos y Gobiernos vejados. Los ojos del águila habían servido de aglutinante a toda su obra. Estos ojos contemplan ahora el campo de Waterloo. Esperan, impacientes, a que aparezca en el horizonte la columna a cuyo frente marchó el mariscal Grouchy persiguiendo a los restos de un ejército alemán. Las órdenes de Napoleón eran claras. Grouchy jamás discutió una orden.

Fiel, honrado, prudente. Pero ahora, cuando el corso vió cómo le falló su cálculo estratégico, su mayor deseo era el pronto regreso del mariscal. Se trataba de una tercera parte de sus soldados la que se había alejado. La columna de Grouchy es decisiva para la historia del mundo, porque Wellington también espera los refuerzos prusianos que ha de traer Blücher. La victoria será para el que primero reciba ayuda. ¿Grouchy? ¿Blücher? El Destino vuelve a

revolotear sobre el campo de batalla. Va hacia el buen Grouchy, que se halla tranquilamente, y muy cerca de allí, cumpliendo las órdenes del Emperador. Le hace oír el retumbar del hierro en Waterloo, pero aquel hombre leal no quiere entender. ¿Se oye estrépito de cañones? Tiene un instante de intuición, pero vuelve a ser el de siempre, obediente, prudente, y se queda allí. Habría que recibir una contraorden de Napoleón. El sino europeo estuvo un momento girando alrededor de la cabeza de un buen hombre, de un hombre cualquiera, que no supo levantar la mano y tomarlo. Por eso voló hasta Wellington, llevándole a Blücher. El coloso se derrumbó.

Stefan Zweig ha tenido, en el desarrollo de *El minuto mundial de Waterloo*, un verdadero acierto de narrador y de psicólogo. El cuadro es de una vitalidad tal, que entusiasma; de una síntesis muy difícil de lograr en asunto de tan enorme importancia.

Junto al ocaso del cerebro de acero estudia Stefan Zweig el triste momento—no por más íntimo menos grandioso—del hundimiento amoroso de Goethe, para quedar sólo el Goethe genial, más sobrehumano después de perder el amor. *La elegía de Marienbad* la motivó Ulrica de Levetzow, la mujer de diecinueve años de que se enamoró un hombre de setenta y cuatro.

Pese a ciertas apariencias de éxito, la renuncia, lógicamente, se hizo inevitable. Y Goethe supo renunciar. Don de poeta: su amor agonizante se hizo verso. Su canto de cisne perdurará por los siglos en la magnífica *Elegía*.

Tras la deliciosa sensación estética que produce la lectura de ese otro momento crítico de la historia de una sensibilidad privilegiada, nos encontramos, en contraste, ante lo material, el descubrimiento del oro en California. Un aven-



turero, Juan Augusto Suter, pudo llegar a ser el más rico de los hombres y, quizás por estar tan cerca de la cúspide, resbaló hasta lo más hondo. Fué un mendigo y la gente le escarneció. Este desgraciado es una de las víctimas de la Fortuna, siendo alzado para que la caída le produjese más daño. El *Descubrimiento de El-dorado* deja un amargo sabor. Se sienten tintineos de monedas de



oro mezclados a las risas de los potentados ante el pobre Suter.

El momento heroico se refiere a Dostoievsky, que estuvo muy cerca de la muerte y volvió a vivir: una luz que, al ir a extinguir-

se, recibió inesperadamente nuevo flúido, intensísimo.

Otra vez penetra Zweig en el santuario de un alma. Napoleón y el descubrimiento del oro: resonancias de lo personal en lo mundial. Goethe y Dostoievsky: proyección del mundo en la nítida pantalla de dos almas selectas. En Goethe, la fuga del amor hacia nuevos jóvenes; en Dostoievsky, el instante entre la horca—morir espantoso—y el indulto—vida elevada a la mayor potencia, por ser renovada.

El empeño férreo del Capitán Scott por llegar al Polo Sur, por descubrirlo para su nación, la esperanza constante de este batallador de frío y trineos, mantenida contra el Destino

—de nuevo aparece lo fatal en la obrita de Zweig—, es algo sin complicaciones. Sencillo y sublime. Llegar al Polo para ver allí la bandera plantada poco antes por Amudsen es el castigo que sufrió Scott por no haber oído la voz del Hado que había decidido que el pabellón noruego fuese el primero que se estremeciera con el aire virgen glacial.

Aparte del gran valor que tiene este libro de Stefan Zweig para los mayores que sepan penetrar en él, debería ser leído por toda la juventud española, y es un libro de aquellos con los que las escuelas españolas, siguiendo el ejemplo de muchas extranjeras, debía premiar, al finalizar los cursos, a los mejores alumnos. Es preciso conceder a la Historia la importancia que realmente tiene, y, sobre todo, al nuevo modo de ver la Historia. Mirar hacia atrás para aprender lo que hemos sido, único medio de forjar una excelente conducta futura. Detenerse en los momentos históricos trascendentales, aquellos en que el hombre tuvo que *escoger*, que decidir el eslabonamiento de los hechos. Es una necesidad cultural: fijar en las mentes jóvenes los momentos de *responsabilidad histórica*. El librito de Stefan Zweig llena a la perfección esta finalidad.



MARCELO CALDERÓN



Los grandes cuentistas de la nueva Rusia

LA sociedad ha de influir necesariamente en la literatura, puesto que ésta refleja artísticamente las manifestaciones vitales, siempre en evolución. Al ocurrir la Revolución comunista, las letras rusas se dejaron influir también por el nuevo estado de cosas. Sobre todo, la novela. Los antiguos novelistas rusos eran aristócratas o gentes de la clase media. Fueron sustituidos por hombres de fábricas, minas, campo... Casi todos los actuales escritores rusos son hijos de proletarios.

Dentro de la igualdad social característica del comunismo pudiéramos establecer dos categorías. Por una parte, mineros, operarios, campesinos. Por otro lado, los funcionarios. Para los primeros, el polvo, el humo, ese desarrollo del músculo y esa cara trágica que nos presentan los grabados de propaganda rusa—el hombre del martillo grande en un brazo y el otro levantado hacia el cielo, con el puño siempre cerrado—. Para los otros, la comodidad de la oficina. De aquí la aspiración de todo ciudadano

soviético: ser funcionario. Y esto es lo que ocurre a los literatos. Estos halagan la obra del régimen rojo tan pronto comienzan a escribir, pues así mejorarán de categoría social, pasando de proletario a funcionario, y ya desde aquí, más descansado, podrá dedicarse de lleno a la tarea literaria. Hará la llamada "literatura proletaria", única que los Poderes públicos admiten. Dice un novelista entusiasta del régimen: "Nuestra literatura se basa en un fondo realista y práctico, y está enlazada estrechamente con los principios sentados por el partido comunista."

Los grandes cuentistas de la nueva Rusia es un libro que ha venido a formar el complemento del que no hace mucho tiempo lanzó la misma editorial J. María Yagües, titulado *Cuentistas de la antigua Rusia*, en vista de la aceptación que el público español dispensó a este volumen. Está formado por una serie

de cuentos a cuál más ameno. El más pulcro estilo resplandece en ellos, y la traducción, admirablemente hecha por Edmundo González-Blanco, no lo desvirtúa lo más mínimo. Este escritor hace preceder al libro de un buen prólogo-estudio de la nueva literatura proletaria. Hemos de destacar, entre los cuentos que contiene esta obra, "La Checa en peligro", de Lebedinsky: interesantísimos episodios, entre ellos una sublevación de campesinos y la intervención de la célebre Policía rusa. "En la garita del guarda-freno", de Romanoff: estudio acertado del egoísmo. "Su Majestad el hombre", por Sergio Semenov, de un gran realismo. "La bancarrota", de Osips Dimoff: un Banco suspende los pagos, sembrando de miseria y desolación al pueblo en que se asienta... En todos estos cuentos se nota una influencia latente de los padres de la literatura rusa.

M. V. C.



Notas al reciente libro de Emilio G. Gamero y De la Iglesia: «Galdós y su obra»



POCOS serán los españoles de un nivel cultural medio que no hayan leído—toda o en parte—la colección de *Episodios nacionales*, de B. Pérez Galdós. Y sus lectores no dejarán de acordarse de Araceli, Monsalud y tantos otros, como si se tratase de antiguos conocidos: tal es la firmeza y exactitud con que están retratados. Decimos *exactitud*, porque muchos de esos tipos que con el carácter de ficticios aparecen en dichas series, nos los encontramos frecuentemente en nuestro paseo por la vida.

Hablar del mérito de Galdós como escritor sería realmente superfluo. Sólo queremos consignar el enorme valor que en el orden didáctico tiene la llamada novela histórica y que haya sido Pérez Galdós el primero que en nuestra patria ha sabido soldar de un modo perfecto la amenidad y la fidelidad documental en la narración. Si Goethe hubiese conocido la magna obra de Galdós, sin duda lo habría exceptuado del anatema que lanzó contra la novela histórica, diciendo que ni

era novela ni aportaba nada a la Historia.

Digno sucesor en dicho género literario es el inmortal Blasco Ibáñez, con sus novelas *En busca del Gran Kan*, *El caballero de la Virgen*, *El Papa del mar* y *A los pies de Venus*—las dos últimas siguiendo un método distinto.

Lo que para nosotros presenta más interés, por ahora, es la valorización de la labor crítica que, bajo el título de *Galdós y su obra*, desarrolla Emilio G. Gamero.

De la obra del gran novelista no se ha hecho, hasta el presente, el detenido estudio que su importancia literaria merecía, ni se ha evidenciado su certero pulso dibujando tan indeleblemente las variadas psicologías que por su vasta producción aparecen diseminadas. Artículos sueltos o ligeros comentarios de carácter necrológico: a esto se reduce todo lo que sobre tan valiosa producción se ha escrito. Enfrente, la ignorancia de muchos o los rayos de excomunión de los demás.

Este es el horizonte que en torno a la obra galdosiana se descubre. De ahí el mérito—tan justificado—del trabajo de este joven escritor, que, aun reconociendo la importancia del sujeto y la flaqueza de los medios a su dispo-

sición, no vacila en emprenderlo, alentado sólo con la noble finalidad que le guía. Enmendar el yerro que la generación pasada y parte de la presente han cometido no estudiando de un modo serio y global la actividad literaria de *El abuelo*, es el objetivo que persigue Emilio G. Gamero.

* * *

Para mayor facilidad y comprensión, divi-
de su estudio en tres partes: *Los episodios na-
cionales*, *Las novelas* y *El teatro*, las dos últi-
mas en preparación.

Respecto a *Los episodios*, a los cuales de-
dicamos estos comentarios, el joven crítico,
con gran soltura y gracejo, ha sabido señalar
los rasgos característicos de modo tal que bas-
ta repasarlos para recordar *ipso facto* todo el
papel que el sujeto desempeña en la novela gal-
dosiana.

De esta forma nos descubre a Inés, que llega
a ser mujer de Gabriel Araceli, el héroe de la
primera serie; a Amaranta, madre de la ante-
rior; a Lesbia, la inteligente palatina. De idé-
ntico modo nos retrata a Sola, que había de ca-
sarse con Salvador Monsalud, el héroe de la
segunda serie; a la altiva y ardiente Jenara,
al rastrero Pepaón, al rencoroso Gorrote...
¿Para qué citar más? Tendríamos necesidad de
ocupar mucho espacio, pues todos los persona-
jes que actúan—históricos o ficticios—aparecen
reflejados con toda precisión.

Después de léidas las cinco series—la última
incompleta—, se observa—muy bien lo hace no-
tar G. Gamero—cómo de modo barométrico la
trama novelesca disminuye o aumenta según
los períodos narrados contengan mayor o me-
nor densidad histórica. Por eso la serie en que
la novela tiene un ambiente menos propicio
para desenvolverse es la primera—referente a
la lucha por la independencia, tan cuajada de
hechos notorios. En cambio, las demás—y es-
pecialmente las últimas—tienen un argumento
novelesco más extenso.

Como hemos dicho antes, los caracteres es-
tán justamente sintetizados, lo mismo que la
acción correspondiente a cada novela, por todo
lo cual el libro de Gamero tiene el valor de un
ameno y fino recordatorio de toda la obra gal-
dosiana referente a la gesta de la indepen-
dencia.

Completan este primer volumen un detenido
estudio bibliográfico sobre el ilustre escritor y

varios juicios críticos de algunas personalida-
des.

* * *

Con los antecedentes que el volumen apa-
recido nos depara, estamos seguros de que en
los dos restantes—aún no publicados—el autor
analizará con la misma atrayente amenidad y
justeza la labor novelística y teatral de don
Benito Pérez Galdós.

J. M. C.



No basta que un hombre “domine una cien-
cia”, para que trascienda de él ese aire de se-
ñorío. El científico no suele estar en claro so-
bre el resto de su vida; un resto que es siem-
pre el todo. De ahí ese andar deslumbrado,
de nictálope o de topo, que el hombre de una
sola ciencia suele llevar por el arrecife de su
vida.

Hacia ese señorío de la luz sobre sí mismo y
su contorno quería yo movilizar a mis compa-
triotas. Sólo en él tengo fe; sólo él realzará la
calidad del español y le curará de ese sonam-
bulismo dentro del cual va caminando siglos
hace.—ORTEGA Y GASSET (prólogo a sus
Obras.)

★

Tengo temor a la acción, y no me siento a
gusto más que en la vida impersonal, desinte-
resada y objetiva del pensamiento. ¿Por qué
esto? Por timidez. ¿De dónde viene esta timi-
dez? Del excesivo desarrollo de la reflexión,
que ha reducido a casi nada la espontaneidad,
el arranque, el instinto y, por lo mismo, la au-
dacia y la confianza.—AMIEL.

★

Creo que, en amor, el silencio es lo más elo-
cuente.—Clément VAUTEL.

★

Una mujer dice la verdad cuando no necesita
la mentira.—Anatole FRANCE.

DOS VIDAS PARALELAS

Clemenceau escribe sobre Demóstenes



SI Plutarco hubiese vivido lo suficiente, hubiera *paralelizado* las vidas de Demóstenes y Clemenceau. En efecto, quizá no se encuentren dos naturalezas tan semejantes, dos vitalidades tan exaltadas y violentas y tan tenaces como las de estos dos hombres públicos, que, viviendo en épocas tan análogas—aunque tan distantes—, realizaron la ingrata, pero heroica labor de levantar el espíritu público ante el desaliento y la adversidad.

Desgraciadamente, los resultados no fueron iguales: Grecia, en vez de un Tratado de Versalles, tuvo una derrota de Queronea y un epílogo de Cranón.

Sin embargo, las condiciones de estos dos hombres y los medios por ellos empleados fueron idénticos. La misma actividad para estar en todos los sitios, procurando fortalecer los ánimos y disponerlos para el ataque final. La misma desconsideración hacia sus vacilantes y pacifistas compatriotas, descubriéndoles con ademán brutal las llagas que corroían sus sentimientos idealistas. La misma desconcertante agresión hacia los aliados más o menos encubiertos del enemigo.

Pero el pueblo griego no era el francés. Aquél sólo conservaba de sus antepasados las luchas intestinas, pero sin energías para, en un supremo esfuerzo, acoplarse y convencer al bárbaro invasor de que la civilización helénica sólo podía ser dominada y asimilada, pero no sometida o destruída. Por eso, ante las trágicas llamadas de Demóstenes, incluso cuando el

macedonio se encontraba ya a las puertas de casa, sólo se decidió a deliberar y a enviar embajadas. Y cuando, por fin, el látigo del insigne repúblico—y la realidad de la catástrofe—le hizo sacudir el mortal letargo, ya fué tarde. El pueblo griego era empujado a una lucha en la que con antelación había perdido la partida.

Conociendo los opacos y desalentados momentos que entonces vivió la Grecia—o, mejor, Atenas—, hay que reconocer que la contundente e inapelable frase del *Tigre*: *Je fais la guerre*, le corresponde también de derecho al político ateniense. El, y sólo él, fué quien, con una mayoría adversa y el resto indolente, consiguió que su pueblo realizara el último gesto en pro de su libertad.

Del resultado no tuvo la culpa, como le imputó Esquines, adversario suyo y aliado de Filipo. Lo único que él poseía, el verbo, lo empleó en grado insuperable; lo demás le correspondía al pueblo y a los generales.

Su fin hizo honor a su vida. El mismo desprendimiento que con sus bienes y tranquilidad empleó por la salvación pública, empleó con su vida cuando—convertido en férrea realidad el destino que él tantas veces había anunciado a su pueblo—bebió la cicuta con el gesto sobrio y sereno del que ha hecho todo lo humanamente posible por salvar a su patria.

Ahondando en el *Demóstenes* aparecido en Francia en 1929, año de la muerte del autor, descubrimos un marcado matiz autobiográfico y al mismo tiempo una finalidad educativa: de-

mostrar a su pueblo en cuán poco tenía las lecciones que en tan vasto número nos proporciona la Historia. Tuvo una satisfacción que fué negada a Demóstenes; pudo ultimar su magna obra con la satisfacción de la victoria y recibir el reconocimiento de sus conciudadanos.

La Editorial Apolo ha publicado la versión hispana del *Demóstenes*.

* * *



Una interpretación de «Gracia y escándalo del reportaje»

EL AUTOR

PEDRO Massa. Un periodista. ¿Nada más? Nada menos que un formidable catador de vuelos, de sugerencias lenes, de Poesía, que habla a todos —de todo— con el llano lenguaje de un hombre de calle.

Crea y re-crea belleza sobre el escorzo de un suceso cualquiera o de una figura de mujer. Moderno *condottieri* de la letra impresa. Apasionado de la fugacidad. Flirtea con la Historia. Y aunque rehuye lo profundo por un buen gusto ingénito, a veces, de una trivial faceta o un gesto difuso, surge en su pluma una moraleja elegante o todo un sistema filosófico.

Sencillez en su vida. En su prosa. Su indumento exterior repele—por ello—arrequives innecesarios. Prefiere las galas del espíritu con las que ennoblece sus obras. Sólo una capa manejada con airoso donaire gusta de vez en vez posar sobre sus hombros como un romántico tributo al cromo españolísimo que se desvanece...

Premio *Mariano de Cavia* 1932. Y un hombre bueno, bueno, que desprecia el mal por antiestético y tiene la suerte de ignorar la envidia para que sus rivales *rabien más*.

LA OBRA

Poco más de una veintena de reportajes, que son la flor y nata de la agilidad y de la gracia. Unos, retratos psicológicos admirables, en los cuales cobra la biografía una prestancia y un linaje plenos de dignidad. Tales: "Una hermosa" (estampa de Julita Fons); "Una gran escritora francesa" (Colette-Willy); "Un poeta, una dama y una emperatriz" (Merimée, Condesa de Montijo, la Emperatriz Eugenia).

Otras veces, se adentra Pedro Massa en los entresijos del alma popular descubriendo tipos y costumbres que son módulos de justeza: "Ladrones" (aguafuertes del mundo de la delincuencia); "Miseria en Madrid" (elegía cotidiana de las casas de préstamo); "La Cava Baja"; "Hostales de la briba".

Cuándo, alzando la vista a grandezas pretéritas, os conmueve al descubriros un detalle nimio con la exposición de tristezas mayestáticas que invitan a la meditación: "El Palacio de Oriente", por ejemplo.

El estilo de este libro—como acertadamente advierte el traductor—es descoyuntado, aunque no incoherente, como correspondía al carácter de Clemenceau, brusquedad y rigidez de flecha.

En cuanto a la traducción, justo es consignar su mérito—gran mérito—, máxime teniendo presente, como hemos indicado, las desigualdades de estilo del gran tribuno francés.

J. MORON CERREJON

Y aquí, buscando la Naturaleza, desflorándola y sumergiéndose—panteísticamente—en ella ("Sardana en la montaña y sardana en la ciudad"); allá, blandiendo el simbolismo para hablaros del tema regional con la suprema elegancia de un poeta ("Momentos de las Cortes Constituyentes") y siempre en un próspero empleo de agudeza, de humorismo y de sencillez, el autor de *Gracia y escándalo del reportaje* se nos muestra como un gran novelista que renuncia a serlo porque Nuestra Señora Actualidad—imperiosa y cruel—aprisiona, minuto tras minuto, su espíritu sin permitirle otro blasón que el humilde de periodista. Eso sí; periodista en una suprema concreción de valores. Periodismo humano y henchido de emoción como resultante taumatúrgica de un magno venero de Belleza que nunca se extingue.

Y Pedro Massa es una cosa seria en este aspecto.

FONDO. FORMA

Cualidades: Sencillez. Soltura. Elegancia. Como una linfa clara—por lo que tienen de remanso y tibieza—se sorben las páginas de Pedro Massa, en las que una frase al desgairé o un aparte de grato desaliño, son regalo para el oído y solaz para el pensamiento. La gimnasia espiritual de su discurso nos deleita y nos edifica.

El reportaje que más seduce de su libro, por lo que tiene de originalidad y reciedumbre psicológica, es el que intitula "Mitos y hombres" (rehabilitación de Don Juan ante la rútila teoría de sus debeladores).

EDICIÓN Y PORTADA

En la cubierta, un dibujo alegórico de Ribas—maravilla de simbolismo—, que es un acierto más del inmenso dibujante de las mujeres.

Una fémica llena de vida y optimismo—carne de bronce sin hipócritas veladuras—, surge en eufórica desnudez de la tinta fresca de unos periódicos. Es la Verdad imponiéndose sobre el tiempo y sobre los prejuicios como una diosa de candor y de fuerza: el Reportaje.

La edición, muy cuidada.

FEDERICO R. DELGADO

EMIL LUDWIG LA BIOGRAFÍA

Por VÁZQUEZ ZAMORA



Es harto difícil escoger, situados en 1933, la figura más representativa de entre los escritores de todas las épocas para clavar el primer cuadro de esta galería literaria. Si en el firmamento pretendemos fijar nuestra atención en una estrella, pronto el fulgor de las demás nos atraerá irremisiblemente. En esta indecisión estaba cuando llegó a Madrid Ludwig. ¿Por qué no él para inaugurar esta sección de Eco? Títulos tiene más que suficientes para ello. Pero ¿no resulta aventurado e irrespetuoso dar un superficial vistazo a la personalidad del más profundo valorador de vidas?

Ludwig representa un sistema novísimo en la enseñanza de la Historia. Su espíritu de lezna va labrando una perforación honda a través de los hechos históricos, y el lector—el tipo medio de lector—puede facilísimamente penetrar tras él por este pozo, hasta descubrir un fondo insospechado. Las fechas, las dinastías, el parentesco, el número de hombres sacrificados en una batalla, los Tratados, las crisis políticas, todo ello no es sino la aparente de la construcción histórica, que se derrumbaría sin los cimientos que la sostienen: los ritmos psicológicos de las grandes figuras. Caracteres. Temperamentos. O sea, en último término, y motivándolo todo, lo humano. Las anécdotas atribuidas a los personajes de la Historia corren por los doctos tratados. Suelen leerse sin obtener más conclusión que una cierta admiración por el ingenio del protagonista. Ludwig sabe obtener de ellas todo lo que contienen de elemento probatorio de un carácter. Ver al hombre en el genio. Este ha sido el fundamento de toda la magna obra de Ludwig. Goethe no era el ser olímpico que historiadores y críticos dedujeron de lo externo de su vida. Aunque genial, era un hombre con todas las zozobras e inseguridades hu-

manas. El biógrafo no tituló su magnífico éxito *El Júpiter de Weimar*, sino, sencillamente, *Historia de un hombre*. También a Jesús lo vió Ludwig dejando a un lado el sentimiento sobrenatural. *El hijo del hombre* pudo ser divino sin dejar de ser humano. La verdadera personalidad de Bismarck fué descubierta por Ludwig debajo de un enorme montón de documentos. Surgió de su pluma un canciller muy otro al que el público conocía. Lincoln, Napoleón, Guillermo II y otras destacadas figuras de la política universal y de las bellas artes han sido maravillosamente analizadas por el famoso escritor alemán. Es conocido hoy de todos los públicos, y sus obras han ejercido un excelente efecto en las juventudes. Este efecto emulador de sus libros es precisamente el fin que pretende alcanzar cuando los escribe. Mientras que los concienzudos historiadores tradicionales se aferran en emplear el método de investigación histórica como un antejo manejado al revés, que hace ver los objetos disminuídos, Ludwig, en cambio, domina el uso del microscopio psicológico.

Cuando pronunció, en el Ateneo de Madrid, el 25 de abril de este año, su conferencia sobre *El ciudadano de Europa*—en que expuso sus ideas de paz universal—, en un francés limpio, pensé en Goethe. También éste fué un gran europeo, el primer europeo, el “ciudadano del mundo”, como él mismo se complació en llamarse. También admiró a Francia, y no conoció patriotismo, pese a su gran amor por Alemania. Goethe, Ludwig. Los dos, primeros alemanes. Ambos, entusiastas europeos. En un momento de su disertación Ludwig cita a Goethe. Lo hace en alemán, y su rostro se transfigura al cantar la música de los versos goethianos. Poeta lo ha sido Ludwig casi con tanto acierto como biógrafo. Sus obras dramáticas, a que se dedicó durante su primera etapa literaria, le han proporcionado grandes éxitos. Asimismo, sus actividades periodísticas y sus estudios sobre sociología le han ga-

nado un puesto privilegiado entre los que pudiéramos llamar escritores de acción. Los que creen que la labor de un hombre de letras pierde su mérito al llegar al gran público, no perdonan a Ludwig que sus obras hayan alcanzado ediciones fabulosas. En España, donde no nos podemos vanagloriar—es triste reconocerlo así—de tener el nivel medio de lectores que la cultura española y su tradición literaria necesita, las muy cuidadas ediciones que Editorial Juventud viene haciendo de las obras de Emil Ludwig tienen una acogida insospechada. Se le tacha de vulgarizador. Sí; pero es que hay dos clases de éstos. El que extiende lo de otros es un transmisor. En cambio, vulgarizar lo propio es, a mi entender, una labor democrática digna de toda alabanza. Vulgariza, reparte cultura, ingenio, ideas, el que tiene suficiente tesoro de todo ello para hacerlo llegar a todos los cere-

bros. La selección ha de estar en el productor, no en los que recogen el fruto. Las obras literarias deben tener un ámbito algo mayor que la mesa de café y sus alrededores. Sólo admito, pues, que Ludwig sea un vulgarizador en el segundo sentido, de ningún modo en el de que se limita a utilizar labor ajena para condimentarla a su modo y lanzarla a los cuatro puntos cardinales. La escrupulosidad documental constituye, precisamente, una gran aportación personal que Ludwig ha traído para cada uno de sus biografiados, además de su modo de verlos psicológicamente. Emil Ludwig mira las vidas de sus personajes, y las ve.

Pero, sobre todo, y en este aspecto lo considero ahora en este esbozo, Ludwig simboliza todo un género literario moderno, una

moda—si quiere llamársele así—, una inclinación del público a una esfera de las letras: la biografía.

En todas las épocas, los hombres que han marchado delante dejaron huellas de su paso: los políticos, instituciones; los artistas, obras de arte; los literatos, bellas creaciones literarias. Esto sólo basta para eternizarlos en la

memoria de quienes sepan valorarlos, comprenderlos, amarlos. Pero, constituyendo éstos una selección, se hace preciso—por un afán o una necesidad de cultura que sienten los pueblos—llegar a la formación objetiva de grandes hombres, esto es, presentar el genio al mundo. En este caso, no se trata de la valoración individual, subjetiva, del hombre superior por cada uno de nosotros, sino que se le admite como un hecho histórico más. “Este señor de la estatua”, dice el padre al hijo, “fué un hombre célebre, una

persona de mucho talento.” Cierta vez oí cómo respondía un chico con ocasión de una de esas modestas exhibiciones de cultura paterna: “¿Y qué está pensando, con la cabeza entre las manos?” Con esa postura simbolizó el artista lo que él había estimado sustancia de la vida del personaje. En efecto, el chico aprendió que aquél era un hombre que pensaba.

Los grandes hombres no nos perdonarán la costumbre de erigirles estatuas. La gente cree que no está bien olvidar a los genios ni a los grandes talentos, y, cuando mueren, casi todos ellos ven surgir aquí y allá la edición en frío de su portentosa personalidad. Anacrónicos, rodeados de claxons, permanecen por los siglos aquellos sí-mismos de bronce o mármol, va-



cíos, cosas. Como cosas, ellos que fueron sobrehumanos.

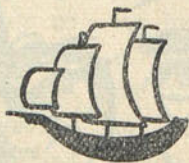
En una biografía bien conseguida se siente latir como una arteria que el hombre dejó extraviada adrede al morir, y que aparece luego entre las páginas de la obra que recoge la esencia de su vida. Una esencia libada por el sagaz biógrafo en cada una de las múltiples facetas del Genio. Pero lo que corre por esa arteria redescubierta no es sangre, sino la personalidad.

Es preferible inmortalizar la dinámica que la estática del genio. Es muy superior tener presente su pensamiento analizado, su conducta juzgada por algún cerebro privilegiado, que no su figura tan sólo, aun cuando sea obra de un prodigioso artista del cincel. Además, lo que de interesante pueda tener el retrato físico de un Goethe, de un Robespierre o de un Tolstoi, nos lo proporciona la sutileza de un buen biógrafo.

Cuando el chico a que antes me refería sea capaz de leer con fruto una biografía de aquel hombre genial cuya reproducción material le hizo admirar su padre, tendrá ocasión de maravillarse ante un fenómeno de magia: El pensador de mármol ha levantado la cabeza y ha hablado. A veces dice cosas y hace otras, lo mismo que todos los demás individuos. En la mayoría de sus ocasiones, sin embargo, actúa de tal forma que el chico percibe que está ante el superhombre. Entonces dirá a su padre: "Ya sé lo que pensaba el hombre que apoyaba la cabeza entre los puños."



A partir del próximo número, consagraremos una nota de comentario a todo libro del que se nos envíen dos ejemplares.



En torno a

«Lo inconsciente y el crimen»

LOS que esperamos con impaciencia ver aparecer tras el vidrio del tablado literario una prueba del vigor mental español, solemos sufrir decepción tras decepción. Lo anodino anega los escaparates literarios. Así que, cuando surgió el libro de Vázquez Zamora e Hidalgo, nos atrajo título tan sugestivo.

¿Quién, en España, se atreve a hablar de lo inconsciente?

¡Y de lo inconsciente en relación con el crimen!

Es verdaderamente difícil encasillar estos ensayos para su estudio. Efectivamente, los críticos que lo han emprendido, lo han comentado: unos, en la sección de Derecho penal; otros, en la de Pedagogía; algunos, en Literatura, y no ha faltado quien lo haya hecho bajo el epígrafe de Medicina.

Nosotros creemos que todos tienen un poco de razón. Es un libro de Derecho penal—desde luego revolucionario—, pues en él se estudia la base psicoanalítica del delito, y adelantemos que en España es lo más claro y ameno que se ha escrito sobre estas materias.

Por otra parte, supone una aportación de gran interés a la Pedagogía. En verdad, la Psicoanálisis ha venido a revolucionar la Pedagogía. Cuán diferente la antigua Ciencia de la Enseñanza, en la cual no se

le daba beligerancia a lo *inconsciente*—a lo verdadero, a lo innato—, en la cual la base primordial era la represión violenta de todos los instintos, de esta nueva, mejor dicho, futura Pedagogía, en la cual, conociendo lo *inconsciente*, aprenderemos que al reprimir los instintos no conseguimos nada, no los aniquilamos. Enseñándonos que los instintos únicamente se pueden dominar encauzándolos.

En cuanto a lo que tiene de literario *Lo inconsciente y el crimen*, diríamos que es lo mejor de él, si no fuera todo en él bueno. Se destaca sobre todo la originalidad de exposición. La escenificación—se podría decir—de la obra. Empieza con el original *Marco*—en el cual encaja el plan general de los trabajos—. Después, los *instintos*, ideas sobre lo que es la Psicoanálisis, mecanismo de producción del delito psicoanalíticamente explicado, parte de que nos ocuparemos más adelante. Apareciendo a continuación en escena Garayo, Peter Kürten, etc. Terminando con la semblanza psicoanalítica de varios escritores: Proust, Gide, y un estudio general sobre la Psicoanálisis en la literatura.

En nuestro país, muy poco se ha escrito sobre Psicoanálisis. El doctor Juarros publicó, con gran éxito, *Los horizontes de la Psicoanálisis*, recopilación de las conferencias que éste diera en la Aca-

demia de Jurisprudencia el año 1928 (Editorial Mundo Latino, 1929). El doctor Emilio Mira nos dió a conocer, en *Monografías Médicas, El Psicoanálisis*, librito en el que resume lo que sobre estas materias se había escrito, doctrina de Freud y nuevas tendencias de sus disidentes Adler y Yung.

El señor Camargo publicó, primero, *El Psicoanálisis del sueño profético*, y a continuación *El Psicoanálisis en la doctrina y en la práctica judicial*. Aunque éste, en realidad, no es un libro de pura raigambre psicoanalítica. Este señor, consecuente teósofo, orienta el elemento kármico en la producción del delito, pero no nos explica psicoanalíticamente la producción de éste. Posteriormente, nos ha dado a conocer este autor unos estudios críticos sobre las doctrinas del profesor Freud, con el título de *La esencia del Psicoanálisis*.

El libro *Psicología pedagógica*, de los señores Peinado y Jaén, es una exposición de una serie de ensayos sobre la Psicoanálisis aplicada a la Pedagogía, siguiendo, sobre todo, la escuela de Adler. De traducciones, aparte de las *Obras de Freud*, admirablemente vertidas al castellano por Luis López Ballesteros, se ha traducido a Adler y a Yung. Del inglés se ha traducido *Técnica del Psicoanálisis*, de Jellife. Del francés, trabajos del profesor Hesnard, Marie, etcétera.

En resumen, que en nuestra patria, aunque no se siga con entusiasmo—nos lo demuestra el que no tengamos revistas psicoanalíticas, como casi todos los países cultos—, la Psicoanálisis no es desconocida. Es más: el libro de Vázquez Zamora e Hidalgo, por el gran éxito de público y crítica obtenido, nos ha venido a demostrar de una manera rotunda que España no es hostil a la Psicoanálisis. Pese a sus muchos detractores entre nosotros. Tampoco faltan éstos en el extranjero.

Estudiemos, aunque sea superficialmente, estos fenómenos de froidofobia. Ante la Psicoanálisis se indignan poetas, psicólogos, filósofos y médicos. Entre otros, el ilustre doctor Marañón, el cual llegó a decir que la obra de Freud “es puramente literaria”. No negaremos que Freud es un buen literato; el doctor Marañón también lo es, y a nadie se le ocurre decir que sea pura literatura su obra. Lo que pasa es que la atención de la mayoría de estos señores se halla demasiado polarizada en lo somático para concederle a lo psíquico la importancia que en realidad tiene.

En el Congreso Suizo de Psiquiatría celebrado en Berna el año 1923, se manifiesta la casi unanimidad de los psiquiatras no psicoanalistas, como partidarios de los modernos métodos de terapéutica psíquica, considerándolos indispensables en clínica y terapia mental. Luego no es sólo “pura literatura” la obra de Freud. Existe en su labor un fondo útil innegable. Freud explica esta resistencia a su sistema, haciendo ver, en primer lugar, lo que ocurre con el conocido fenómeno de reaccionar la psique a lo nuevo. Esto produce un desgaste psíquico, por lo cual el individuo inconscientemente renuncia a ello. Los médicos—dice—se interesaban únicamente con lo somático. Cuando apareció la Psicoanálisis se

estaba en plena fiebre materialista. Los psiquiatras buscaban únicamente en lo somático la génesis de las perturbaciones funcionales de la vida psíquica. Los filósofos, por otra parte, decían que es solamente *mental* lo que es consciente.

Ha sido también objeto de censuras el importante papel que en la producción de las neurosis desempeña el instinto sexual, y sobre todo, que la sexualidad se manifieste, no desde los doce a catorce años—como cree la mayoría de las gentes—, sino desde el principio de la vida.

Dice el eminente psiquiatra vienés que el hombre en colectividad se comporta con la Psicoanálisis como el neurótico frente al tratamiento psicoanalítico.

También ha insinuado si su naturaleza de judío no habrá influido algo en esa aversión a la Psicoanálisis.

En este punto hemos de notar que Gaetani, en su obra *El Psicoanálisis de Freud*, se coloca en un punto bastante incomprensivo. Al comenzar su obra salta a la vista una palabra: “la Psicoanálisis ha sido inventada por el judío Segismundo Freud...” Como diciendo: “Comprenderéis que no es posible que la teoría sea de cristianos, habiendo sido creada por un judío. Luego no debemos admitirla nosotros, los cristianos.”

La Psicoanálisis no es judía, ni católica, ni protestante; es, sencillamente, científica. Así lo ha entendido el pastor Oscar Pfisfer, que no ha considerado como obstáculo su profesión religiosa para prestar un gran servicio a la Pedagogía, dedicándose en numerosos trabajos a la aplicación de los métodos psicoanalíticos a la ciencia de la educación.

Ya Juarros nos habla de la enorme semejanza que existe entre la confesión y el método de investigación de lo inconsciente. Un sacerdote conocedor de la Psicoanálisis puede llegar a resultados insospechados.

En *Lo inconsciente y el crimen*, Hidalgo y Vázquez Zamora, de una manera concisa y original, explican el mecanismo psicoanalítico del crimen. El *Ello*—lo inconsciente, lo ancestral, lo malo—tiende al placer. El *Yo*—formado por elementos ambientales, sentido del deber—reprime los impulsos del *Ello*. Esto, reforzado por el *Super-Yo*, cuya misión es controlar la función censora del *Yo*. En nuestra organización psíquica, el *Super-Yo* “vigila al vigilante”. Si en este sistema anímico cada órgano cumple su misión, no hay conflicto. Pero si la función del *Yo* está debilitada y el *Super-Yo* ha perdido su acorde con el *Yo*, no podrá impedir el paso de los instintos. Surgiendo entonces el crimen. Aunque otros muchos delitos se producen por distintos mecanismos, según advierten los autores, dependiendo de los diferentes géneros de vida que haga el sujeto. Exponen a continuación Vázquez Zamora e Hidalgo una serie de sugestivos casos, que acaban de afianzar en el lector la comprensión de estas ideas.

Estos autores niegan, con mucha lógica, a nuestro entender, lo que algunos bien conocidos penalistas han llamado *conciencia criminal*. En efecto, el término *conciencia*—ese juez de nuestra conducta—no puede confundirse con la *consciencia*, testigo de

nuestra vida anímica. Por tanto, esa facultad eminentemente moral no puede calificarse—como hace Longo—de *criminosa*.

La segunda parte de la obra es la dedicada a la Psicoanálisis en la literatura. Vemos en ella cómo lo *inconsciente* es lo primordial de la vida en todos sus aspectos. Cómo en obras célebres—ya novela, ya teatro—, sin sus autores saberlo, nos presentan casos que caen dentro de la Psicoanálisis. Como *Los que no perdonan*, de Gorbea; *La Malquerida*, de Benavente, etc.... Porque esto del *inconsciente* no es nuevo, no es un invento de Freud. Es tan antiguo como la Humanidad. Y la Psicoanálisis no es sólo —como dice Mira—, “el método de exploración de lo *inconsciente*, sino sus resultados, o sea, un estu-

dio del funcionamiento y estructura del psiquismo humano”.

El análisis, admirablemente logrado, de un cuento de Chejov, en el que una niñera mata al bebé a su cuidado; en el que, gracias a la Psicoanálisis, vemos la “explicación” de este crimen aparentemente absurdo, es uno de los aciertos de estos ensayos.

Avalora extraordinariamente esta obra la curiosa y original bibliografía—colocada acertadamente al final de la obra, lo que nos libra de interrumpir continuamente la atención durante su lectura—. Demuestra, a su vez, la profunda preparación científica de estos jóvenes escritores.

El doctor Juarros encabeza la obra con un acertado prólogo-ensayo.

M. V. CARRASCO



Notas sobre Francisco Valdés

LA aparición de un nuevo libro de Francisco Valdés (*Letras* (Notas de un lector), Espasa-Calpe. Madrid, 1933), me mueve, nuevamente, a señalar algunas notas sobre el dilecto escritor.

El libro lo componen glosas de un lector; quizá el autor les rehuya deliberadamente la denominación de “prosas críticas”, y ello, porque su crítica no consiste en ir discerniendo méritos preceptivos. Ni en examinar el ajuste o desbarajuste al módulo predeterminado.

Su hacer lo ha expresado él, mejor que nadie, cuando, para señalar un título genérico a algunas de sus prosas, rotuló: “Márgenes”.

Que está fuera de la letra; pero no del libro. El espíritu del autor, que cabriolea de línea en línea y rellena los espacios vacíos y se extiende por los márgenes..., los pensamientos no escritos..., las inquietudes..., las zozobras..., los flacos...; todo lo que es vida, además de letras: el espíritu desparramado del escritor, es alcanzado por Valdés no más lejos del margen, antes de convertirse en estrépito callejero, de transformarse en trivialidad y tópico, presentándolo al lector con su limpia y desinteresada objetividad.

Las notas de Valdés son reacciones libres, sugerencias primeras que en su sensibilidad van despertando los trallazos de la lectura; pero no de una lectura galopante, sino meditativa, con reposos y pausas rellenas con pensamientos propios, de recuerdos, de ansias. Y de aquí sus cálidas prosas: posos del encalmamiento de esa labor. Reacciones subjetivas que, a pesar de serlo, se convierten en objetivas gracias a la fuerte sinceridad y despego de particularismos con que dice las cosas. Y ello, sin jactancia, pero sin miedo.

Independencia, seguridad y lógica del juicio. Disciplina mental; sin contagio de la anarquía, tan en moda.

Melificador sutil, extrae la quintaesencia de las letras

por que pasa su mirada atisbadora. Puras esencias, presentadas sin almibaramientos; amasadas, siempre, con el sentimiento que han despertado. Sentimiento sereno y en su precisa proporción. Fuera de la sequedad del dómene; del crítico corriente, reseñador oficial, y oficioso, de la novedad o actualidad literaria, cronista de modas.

Oficiante selecto: sólo escribe de lo que se debe escribir. Siempre en silencio. Silenciosa el alma. Encalmado. Que la agitación interior no estorbe a sus sentidos téntricos. Siempre cuidando el parto de las prensas y siempre, infatigable, examinando sus frutos.

En enfrente continuo con temas bases. Luchando a brazo partido con el Humanismo. Lucha y abrazo.

Vencido—ya casi definitivamente vencido—su romanticismo temperamental por su educación—pensamiento y juicio—clásica. Aflorando de vez en vez el primero; en toda ocasión, pincelando el matiz característico y diferencial. Equilibrio. Justa proporción de romántico y clásico. Lo suficiente, de lo primero, para mantener vivacidad y energía; de lo segundo, la base y la trama.

Páginas palpitantes, con vida natural, sin fingimientos ni miriñaques empolvados. Con registros mil; despertadores, cada uno, de emociones nuevas: calofríos rasgueantes, inéditos. Renovador, no de estruendos, sino de valores. Novedad enjundiosa, de la llamada a eternizarse. Nuevo, no por gritos estentóreos y vacíos de tendencias “istas”. Novedad por la eternidad de los temas tratados y de su ejecución.

Valdés muestra en su obra literaria—confirmación en *Letras*—recia la personalidad: modo propio de reaccionar. Austero el decir. Cultivador minucioso del habla castellana.

MANUEL HIDALGO

Abril de 1933.

Jirones de la vida literaria mundial

REFLEJOS

AUN queda el rescoldo de la hoguera que el mundo encendió a Goethe el año pasado. Francia supo agradecer al genio de la nación vecina el amor que éste le profesara. Francia entera volvió a ser Napoleón y a condecorar esta vez la soberbia frente. Para ello tuvo que retrasar la celebración del cuarto centenario de Montaigne, que tendrá lugar este año.

Recientemente se ha representado en París el verdadero *Fausto*, el que Goethe había conocido en Strasbourg en 1770. Los actores fueron marionetas, las del teatro de Salzbourg, bajo la dirección de su creador, el doctor Aicher. Nada más apropiado que estos muñequitos para representar *La vida escandalosa del famoso doctor Fausto y su aterradora muerte*. Este drama había de ser para Goethe—como escribe Pierre Troyon en la *Revue des Deux Mondes*—, “un prodigioso material de ensueños”. Goethe logró que el poema de Fausto se convirtiera en el poema del Hombre. En el último número de la revista italiana *La Critica* comienza Benedetto Croce la publicación de un *Nuovo saggio sul Faust*. Todo esto me lleva a pensar en un artículo irónico que leí recientemente en el *Figaro*, fraguado con la pluma de madame Gérard d'Houville. Se titula *Madame Faust*, y la autora se pregunta cómo no había recurrido la mujer al auxilio de Mefisto, como Fausto, para adquirir la belleza “joven”. Ensalza la hermosura que podríamos llamar *circunstancial*, esto es, la coordinación prudente y resignada de la belleza con los años.

PROTAGONISTA NEGRA Y TEMA OSCURO

Ha vuelto a hablarse del literato más conocido hoy. Más conocido por sus excentricidades que por sus magníficos libros. Más por lo que ha tenido de actor en el escenario de la originalidad que por sus comedias. Shaw, que escribió *Santa Juana*, coloca hoy el misticismo

en una extraña persona: la joven negra. Ha visto de cerca, acompañado de monsieur Voltaire, *Las aventuras de una muchacha negra en busca de Dios*. Con gran indignación del neocatólico Chesterton.

¿VEJEZ?

El año pasado celebró Alemania el septuagésimo aniversario de Gerhard Hauptmann. D'Annunzio cumple sus setenta años en 1933. Ambos acontecimientos hacen pensar en lo que decía el creador de la más vital de todas las filosofías, nuestro Ortega y Gasset, en una de las conferencias que viene dando en la Universidad Central. Al tratar del concepto y significado histórico de las generaciones, después de establecer en la vida humana cuatro etapas de quince años cada una, afirmó que, a partir de los sesenta años, queda el hombre en situación de viviente excepcional, como superviviente afortunado de un naufragio en el que muchos sucumbieron con la muerte o con la inacción. Pero es que existen algunos—y nuestro gran meditador se había referido anteriormente a ellos—cuyo final de vida es más intenso que lo que suele llamarse juventud. Son los que demuestran lo relativo de este concepto. Esos no son ya náufragos que encontraron—por unos años—una acogedora tabla. Son, por el contrario, los que ayudan a salvarse a los demás.

Abundan, por fortuna, los casos que el pensamiento universal nos ofrece en este sentido. Pero la humanidad está muy arrepentida de que tantos genios hayan muerto sin haber conocido a la Fama durante su vida. Luego los niños aprenden en las escuelas que el gran hombre murió “pobre, triste y enfermo”. Y eso no quieren ya las naciones que vuelva a suceder. Por ello, ante una posible partida de este mundo que un día imprevisto puedan emprender los superhombres, es preciso que les recordemos que son célebres, que no queremos que estén tristes y les deseamos una vida matusalénica. Sin embargo, estas fiestas son deprimentes. Tienen mucho de despedida, de ese “adiós, por si no te veo mañana” que dirigimos a los ami-

gos que no saben con certeza cuándo se marchan.

EHRENBourg ESCU-
CHA A LOS JÓVENES

“Quince años es un lapso de tiempo bastante largo para cambiar la economía de un país. Es notoriamente más difícil modificar la psicología humana.” Esto dice Ehrenbourg en la *Nouvelle Revue Française* (enero 1933), en una serie de conversaciones, cartas y diarios íntimos que recoge con el título *Jeunesse Russe*. A la extrañeza que algunos pudieran manifestar ante lo extenso de la información íntima juvenil llegada a manos del escritor, contesta éste alegando la gran afición que los jóvenes rusos muestran por la literatura. En cuanto manifestó su deseo de ocuparse de ellos, Ehrenbourg fué invitado a las reuniones, se habló con él de dichas y amarguras y se le proporcionaron, en cartas, en diarios, retazos de vida rusa, de valor documental extraordinario para un sociólogo o para un novelista. Los trozos que ofrece ahora al público constituyen una parte de los materiales que han de servirle para un libro en ciernes, el cual tratará de “los hombres nuevos salidos de la Revolución”. He aquí una charla que fué tomada taquigráficamente. La conversación la sostenían unos estudiantes de la Facultad de Física de la Universidad de Tomsk, habiendo terminado ya la *Rabfak*.

“Un estudiante.—Para mí también, el amor es tan sólo biológico. Fuera de ello, no veo que haya nada. Sobre esa base se edifica todo el resto.

Una estudiante.—Creo que el camarada vulgariza. Un hombre incapaz de sentimientos no está cultivado.

Otro estudiante.—El amor debe existir; somos todos de esa opinión.

El primero que habló.—Si se admite que el amor existe, ¿por qué, entonces, suele ocurrir que un muchacho conozca a una muchacha, se pasee con ella, le diga que la ama y se persuade de que es verdad, pero que baste la realización del acto sexual para que todo ese amor se reduzca a cero? El hombre razona, habla, pero él mismo no comprende lo que dice. No engaña sólo a la chica, sino que también se engaña a sí mismo.

El otro.—Si el muchacho quiere superarse para que ella se fije en él, procurará hacer algo provechoso y mejorará. No se puede decir que

el amor sea sólo atracción biológica. El amor no debe ser únicamente un vínculo sexual. Es todo un complejo de sentimientos, en el cual debe basarse una nueva familia.” Yo no he tomado nunca taquigráficamente las conversaciones de mis compañeros; pero he oído algunas de un interés sentimental y sexual muy superior. Los opiniones juveniles antes transcritas hacen sonreír y ver en los jóvenes rusos una ingenuidad que desconcertará a muchos de los que se imaginan en ellos algo vagamente peligroso. Son hombres desligados de toda una maravillosa tradición literaria y cultural y que buscan ahora afanosamente una nueva, en las escasas horas en que la maquinaria social deja de girar. Pero ellos no han deseado, en su inmensa mayoría, el aniquilamiento intelectual a que la técnica los llevó. Uno de esos jóvenes se quejaba ante Ehrenbourg del simplismo cultural a que la nueva organización había reducido a la juventud rusa. “Estamos tan cargados de estudios y ocupaciones sociales, que nos falta el tiempo para leer los libros indispensables. Tenemos que sacar algunos ratos, como podamos, para elevar el nivel cultural, el cual no está incluido en el cuadro de la instrucción oficial.”

MARX, POETA

Un artículo que forzosamente había de llamar la atención del público es el que Marcel Ollivier ha publicado en el *Mercur de France* (15 abril), con el titular deslumbrante: *Karl Marx, poète*. ¿Poeta Carlos Marx? ¿La gran figura del materialismo, espiritualista? Dejemos correr la pluma al margen de las interesantísimas páginas de Ollivier.

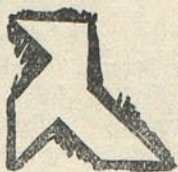
No es extraño que un muchacho alemán, lanzado en plena renovación intelectual alemana (1834), sintiese arder sus sentimientos del modo más lírico. Jamás había sido la actividad filosófica y literaria de Alemania tan intensa como entonces. Además, tenía Marx para aconsejarle en su afán por acercarse a las musas, a todo un consejero de Estado: Ludwig von Westphalen, que tenía ideas liberales y una hija inteligentísima, Jenny, cuyo influjo sexual en el joven completó suavemente las provechosas veladas que padre, hija y admirador de ambos pasaban, leyendo y comentando a los mejores autores. Un ambiente, un sabio, libros, una mujer y un temperamento que tenía forzosamente que “romper por alguna parte”. Todo ello hizo

nacer ambiciones de gloria literaria en un hombre que, pasados los años, iba a dar mucho que hacer a centenares de escritores. Pero ¡por qué camino más diferente! El pretendiente a poeta escribiría la segunda Biblia, el libro sagrado de los tiempos modernos: *El capital*. De joven ambicionó componer excelentes poemas que se leyera mucho y le proporcionasen tanto renombre como el que alcanzaron Dante, Shakespeare y Cervantes, a los que admiraba. Consiguió un renombre magnífico, inusitado. Creó una religión. Pero... no fué leído.

En 1836 envía a su novia tres cuadernos de

poesías. Uno, *Buch der Lieder* (Libro de los cantos). Los otros dos, bajo el título *Buch der Liebe* (Libro del amor). En éstos sus primeros ensayos se revela el espíritu luchador de Marx. Es realmente curioso detenerse en los epigramas que escribió para ridiculizar el materialismo de médicos y matemáticos. Es bien conocido que Marx fué liberal antes que revolucionario; pero es que antes de liberal fué romántico. ¿Contradicción? No, de ningún modo. Entre lo que se es en una época de nuestro vivir y la siguiente no hay sino evolución, paso, de una a otra zona vital.

R. V. Z.



ANTOLOGÍA DEL CUENTO

ABANDONADO

De SHOLOM ASCH

SHOLOM Asch nació en Polonia en 1880, y se le considera hoy como uno de los mejor dotados de entre los escritores judíos. Escribió comedias muy notables; entre ellas se destaca *El dios de la venganza*, que hizo funcionar, como se recordará, a la censura de New-York. Se distingue asimismo este personalísimo autor por sus novelas y cuentos. *Abandonado*, es un pequeño relato, muy revelador del característico estilo de Asch, breve, intensamente dramático y de un avasallador interés.

Cuando Burish se despertó sintió llorar al nene. Con los ojos aún cerrados llamó a su mujer:

—¡Golda!... ¡Que el rapaz se desgañita!...

Golda no contestó. Miró él a su alrededor y notó que no estaba en casa. Esto le extrañó un tanto, pero pensó: "Debe haber ido a lavarse." Cogió un trozo de lienzo y lo introdujo en la boca del chico para detener su lamento. Después se empezó a vestir.

Mientras se ocupaba en ello pensó en lo muy hábil que había sido para "desembarcar" los candeleros que había "cargado" en la casa de Zoblíner. Con el impulso del momento saltó al desván para examinar "las mercancías". ¡No estaban allí! Lo revolvíó todo por todas partes... ¡Nada!

Gateando hacia abajo de nuevo velozmente, se pre-

cipitó hacia donde solía colgar la ropa su mujer. También la ropa se había evaporado... Sólo entonces comenzó a apuntar en él la idea de que podía haberse escapado.

¿Con quién?...

¿Con Shloima Shlosser?... o ¿Hayim'll Goob?...

—Bueno..., que se vaya, y... ¡que el diablo se la lleve!... ¿A quién puede importarle esto?—se decía a sí mismo con forzada indiferencia, escupiendo en las paredes—. ¡Vaya un truquito!... ¡Ja-ja-ja-ja!...

Miró al nene.

—Pero... ¿qué va a ser ahora del maldito mocoso?—murmuraba para sí reflexivamente—. Si supiese tan sólo dónde vive ella ahora se lo dejaría en el umbral... ¡Tómalo tú, qué caramba!... ¡Es tuyo!

Un mal pensamiento relampagueó por su mente, haciéndole palidecer y morderse el labio superior mientras sus manos temblaban. Se acercó al nene, que permanecía destapado—a un lado el sucio harapo que hacía de manta—, pateando y sonriendo vagamente al espacio vacío... La forma de la boca le recordaba la de alguien... ¿Alguna vieja amistad?... No podía acordarse con precisión...

Dejó de observar al chico, se colocó el sombrero apresuradamente y salió, cerrando la puerta tras de sí. Anduvo sin rumbo y sin sosiego de espíritu... Aún sonaban en sus oídos los gritos de la criatura,

como si le llamara a su lado. En la escena de su imaginación lo veía aparecer ante él, agitando sus pierrecitas, chillando frenéticamente...

¡No! No podía huir. Debía volver.

—¡Ah! Si pudiera echarle mano a ésa...—pensó—, la sujetaría por el cuello y la estrangularía... ¡Condenada!

Entró en una panadería, compró un panecillo y volvió a su casa. El nene estaba como antes, sonriente y destapado.

—¡Demonios con el chiquillo! Parece estar por completo a sus anchas...

Volvió a marchar, pero se le hizo imposible dar un paso. Constantemente se figuraba oír los inarmónicos sonidos que producía la garganta de su rapaz. Esto le hacía sentir tan roedora angustia en el corazón... Apretó los puños y volvió a casa. Ahora lloraba el nene con un prolongado gemido:

—¡Mam-m-m-m-má!... mam-m-m-má!...

—Conque tu mamá, ¿eh?... Anda, anda y busca a su preciosa mamá... ¡Así la arrastre un ciclón!...

Tomó al chiquillo en sus brazos. El crío se anidó en él, buscando ávidamente, con sus labios pequeños, algo que no había de encontrar.

—Ojalá se convierta su alma en un tizón—continuó maldiciendo mientras daba golpecitos en las mejillas y cuerpo del chico—. No llores, Shoimale... Estate tranquilo ahora... Estate quieto, por favor...

El bebé seguía buscando con su boquita, agitando las manos y asintiendo con la cabeza, enteramente como si fuese a romper a hablar. Lo atrajo más hacia sí, mirando a la vez si había por allí alguna leche. Encontró una poca sobre la estufa y migó en ella parte del panecillo. Comenzó entonces a alimentar al crío con una cuchara, hablándole, mientras tanto, con dulce voz...

—Come, hijito, come... Tu madre, el diablo se la lleve, te ha abandonado. Ni las perras abandonan a sus pequeñuelos. Es peor que una perra... No llores... No, no quiero dejarte..., palabra de honor..., yo no te dejo.

Cuando el chiquillo se tranquilizó, lo envolvió en un paño y lo llevó a la calle.

Su presencia en la plaza del mercado levantó gran alboroto. ¡Burish Kulock con un bebé! Desde su tienda le llamó Kradnick:

—¡Eh, Kulock! ¿De dónde sacaste ese mocoso?

La mujer de Kradnick, toda excitada, se precipitó hacia el nene con los brazos abiertos. Se limpió el rostro varias veces con el delantal, de pura alegría...; rió y palmoteó las nalgas del rapazuelo.

—¿Es suyo, Kulock? Pues nunca pensé... Miren ustedes esos ojillos..., los de Marina...; la nariz, exactamente... Tan cierto como que estoy viva. ¡Qué joya, este chiquillo!... Déjemelo.

Tomó al chico de brazos del padre y lo mecía en los suyos.

—Ea, ea..., briboncete...

El viejo Kradnick, el "amo" de la nobleza ladronil, se levantó despaciosamente y, acercándose al grupo, examinó al bebé y golpeó amistosamente a Kulock en la espalda:

—Vaya, vaya, ¡buena pieza!... Saltará con bastante agilidad a través de una claraboya... Muy bien. ¿Quién es la madre?

—¡Así arda como un cohete!... Se fué, y se llevó los candelabros...

—¿Y te dejó el chiquillo?

—Sí.

—Malo... Malo...

El viejo se rascó la cabeza. Kradnick el joven se acercó y dijo a Kulock:

—Bueno, hombre...; veo que tendrás que dejar ahora la profesión y hacerte ama de cría... Menudo timo te ha dado, ¿eh?

—No te burles de mí, que el Señor provee a todo y... ¡Kulock es Kulock!

Tomó al nene en sus brazos y marchó por las calles de la ciudad. Le parecía que la gente le señalaba con el dedo y se reía de él.

Cuando llegó al bosque, se sentó en una piedra. Alrededor, ni un alma se veía. Las ramas de los árboles murmuraban tristemente al dejar caer sus amarillentas hojas... El ruido de un arroyuelo lejano se percibía débilmente, al gorgotear y chopotear entre los guijarros.

Burish colocó al bebé junto a él y lo miró con amargura. El nene tenía también en él los ojos, chupando silenciosamente un dedito, y parecía como si estuviese absorto en honda meditación. Kulock no tenía ni la menor idea de lo que pudiera hacer con la criatura. Por un instante pensó en abandonarlo, pero inmediatamente le invadió un sentimiento de piedad por los desvalidos, por su propia carne y sangre; expulsó de su mente aquel mal pensamiento. Volvió a tomar al chiquillo en sus brazos y estrechó su cuerpecito, examinando todas sus facciones.

Creyó reconocer en ellas lo suyo y todos sus miembros se llenaron de cálida alegría con esa idea.

—¡Pequeño Kulock!—chilló al bebé—. Sí, eres un Kulock pequeñito, y llegarás a ser un buen mozo. Sabrás entrar por tragaluces, desvanes..., romper cerraduras y birlar pieles... Después tendrás hijos y su madre los abandonará... Pero ¿errarás con tus hijos de casa en casa, pidiendo pan?... ¿Quién eres tú?... Un Kulock, como yo...; tú..., yo.

Colocó al niño junto a la orilla y se puso tras un árbol para observarlo... Pataleaba, chupándose los dedos y sollozando: "Mam-má... Mam-m-má." Se fué más lejos, tras otro árbol, pero aún oía los gritos. Se fué así deslizándose de uno a otro árbol, hasta que no oyó ni vió nada ya. Entonces echó a correr. Pero, mientras corría, resonaban los lamentos del pequeñuelo en sus oídos.

—¡Uf! ¿Y si se ha caído al río?—pensó súbitamente. Su cabeza ardía y sintió una carcoma en el corazón... Siguió corriendo, sin embargo...

Ahora se ha parado, mira alrededor y, despacito, vuelve al punto de partida.

Encuentra al nene gritando fuerte. Lo toma en los brazos y se acerca a las cabañas de los alrededores del bosque... Pasando de puerta en puerta, pide con voz deshecha:

—Den ustedes al huerfanito un poco de leche... Denle un poquito de leche...

Lea usted las obras de
GUIDO DA VERONA

Lea usted las obras del
DR. CESAR JUARROS

Lea usted las obras de
LUIS DE OTEYZA

Compre usted la
COLECCION QUEVEDO

La
**COLECCION GASTRO-
NÓMICA**

La
COLECCION JURIS

La
**COLECCION POPULAR
DE LEYES**

Pida Catálogo al Editor J. M. YAGÜES

J. M. YAGÜES - Editor
Avenida de Pí y Margall, 9.-MADRID

M. F. ALVAR

TÉCNICA CINEMATOGRAFICA MODERNA

**La verdadera Enciclopedia
del cine sonoro.**

500 páginas.

200 ilustraciones.

30 pesetas.

VENTA A PLAZOS

Memorias de un deportado, Andrés Coll.
Bajo la ley de Defensa de la República, Domingo de Arrese.

La política monetaria en España, Luis Olariaga.
Hipócritas, farsantes, fariseos, Juan García Morales (presbítero).

El derrumbamiento de la Monarquía, E. Mola.—Editorial Bergua.

La República checoslovaca, Kybal Vlastimil.

FILOSOFÍA

Manual de masonería, Andrés Casard.—30 pesetas.
Filosofía general (T. XII de las "Obras completas"), Federico Nietzsche.

El espiritualismo y la ciencia, J. Bugallo Sánchez.—Editorial Javier Morata, Madrid.

Revelación del misterio del más allá, E. Meromar.—15 pesetas.

Las religiones desenmascaradas, Matías Usero Torrente.—Biblioteca Orto. Valencia.

CIENCIAS EN GENERAL

Aritmética, José Sánchez Pacheco. (Undécima edición). 12 pesetas.

Tratado teórico-práctico de Física, Alberto Turpain.—30 pesetas.

Navegación aérea, José María Aymat.—17 pesetas.
Curso de bibliología e historia de las bibliotecas, Baldomero Díez y Lozano.

Metrología universal, doctor Isidro Pérez Martínez.—30 pesetas.

Tratado completo de cinematografía sonora, Torrón-tegui.—30 pesetas.

Luci dall'infinito, Eddington A. S. (Versión italiana de R. Cantu).—Editorial Ulrico Hoepli, Milán.

Vorgeschichtliche steinbauten der Balearen, E. Seeger. Leipzig.

Curso de Zoología, doctor Otto Schmeil.—Editorial Gili. Barcelona.

Curso de Botánica, doctor Otto Schmeil.—Editorial Gili. Barcelona.

DERECHO

Derecho internacional público, Antonio Sánchez de Bustamante. (Tomo I).—30 pesetas.

La reforma agraria en España en el siglo XIX, Carmelo Viñas y May.

Jurisprudencia en broma y en serio, Rodolfo Ihering. (Traducción de Román Rianza).—Editorial Revista de Derecho Privado.

El impuesto sobre la renta, Beneyto y de Torres.—Barcelona.

La copropiedad, Luis Donderis Tatay. Prólogo de José Castán.

Kelsen (Estudio crítico de la teoría pura del Derecho y del Estado en la Escuela de Viena).—Librería Bosch, Barcelona.—18 pesetas.—Luis Legaz y Lacambra.

La acción declarativa (Estudio de Derecho procesal), Leonardo Prieto Castro.

MEDICINA

Diagnóstico diferencial: Psiquiatría, Haymann y Stern.
Homosexualismo creador, Alberto Nin Frías.—25 pesetas.

Tratado de traumatología clínica, Gustavo Luzena.—68 pesetas.

Las bases de la Medicina naturista, doctor Cartón.

La doctrina eugénica, profesor L. Huerta.—Editorial Instituto Samper.

Psicopatología de las neurosis, doctor Angel Suils.—Editorial España.

GEOGRAFÍA E HISTORIA

Gobernación espiritual y temporal de las Indias, Angel de Altolaguirre.—15 pesetas.

La santa furia del padre Castañeda, Arturo Capdevila. 5 pesetas.—Espasa-Calpe.

Geografía postal universal, Ramiro Herrero.—10 pesetas.

Los aztecas, Santiago P. Minetti.

Historia y estampas de la villa de Madrid, Federico Carlos Sáinz de Robles.

La cultura española medieval, Francisco Vera.—25 pesetas.

Contribución al estudio del Santo Sepulcro, Norman Cinnamond.—5 pesetas.

Matisos d'histoire i de llegenda, Fernando Valls y Taberner.

Madame Lafargue, vouteuse des diamants, Louis André-Paris.

Un enfant royal: Louis-Joseph-Xavier, duc de Bourgo-gne, P. Lethielleux.

Nicolás II, le dernier zsar, Radziwil (princesa Catherine).

Souvenirs sur la Révolution, l'Empire et la Restauration, Rochechouart.

De Sierra Madre a los Andes, Joaquín Gallardo Rua.

BELLAS ARTES

El Greco, Emiliano M. Aguilera.—6 pesetas.

El museo del Prado. (Notas para un estudio).—Pedro Beroquí.—20 pesetas.

La miniatura inglesa, O. Elfrida Saunders.—2 volúmenes. 400 pesetas.

Tratado práctico de perspectiva.—3.ª edición.—Editorial Gili. Barcelona.

DICCIONARIOS, FILOLOGÍA Y CATALOGOS

Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional, Julián Paz.—Editorial Patronato de la Biblioteca Nacional. 40 pesetas.

Estos libros se pueden adquirir en la **AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y ARTES GRAFICAS**, Avenida de Pí y Margall, 9. Teléfono 96647. Apartado 502.—MADRID.

ENVIOS A REEMBOLSO

ECO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	<u>Ptas.</u>
Seis meses.	3,00
Un año.	5,00
Extranjero, año.	7,50

*Se gestiona que los señores suscriptores
obtengan un descuento en sus compras de
libros.*

*Publicidad y encartes, consúltase al señor
Administrador de la Revista ECO. Apar-
tado 502. Madrid.*

Número suelto: 0,50 pesetas.

*La Revista ECO está impresa y distribuida por la
Agencia General de Librería y Artes Gráficas.
Pí y Margall, 9. Apartado 502. Teléfono 26647.*